



MARISSA MEYER

THE QUEEN'S ARMY

Llegaron al final de la larga noche, cuando el domo de manufactura no había visto la luz del sol durante casi dos semanas. Z se había cruzado en su duodécimo cumpleaños hace unos meses, y el tiempo justo había pasado que había dejado de imaginar atisbos de bordados de oro en abrigos negros. Sólo había dejado de cuestionar cada pensamiento que brillaba a través de su cerebro. Acababa de comenzar a esperar que no fuera a ser elegido.

Pero no se sorprendió cuando fue despertado por un golpe en la puerta principal. Era tan temprano que su padre no había ido a la planta donde ensamblaba motores para cápsulas y tractores. Z se quedó mirando el techo oscuro y escuchó los susurros de sus padres a través de la pared, y luego al relleno de los pasos de su padre junto a su puerta.

Voces apagadas en la habitación del frente.

Z hizo una bola con su manta entre los puños y trató de verter todos sus miedos en ella, y luego ponerlos en libertad de una vez. Tenía que hacerlo tres veces para evitar la hiperventilación. No quería que su hermano, todavía dormido en el otro lado de la habitación, estuviera asustado por él.

Había sabido que era inevitable.

Era el mejor de su clase. Era más fuerte que algunos de los hombres que trabajaban junto a su padre en la planta. Aún así, había pensado que tal vez sus instructores lo pasaran por alto. Tal vez sería omitido.

Pero esos pensamientos siempre estaban revoloteando. Desde que era un niño pequeño, había sido criado a esperar una visita de taumaturgos de la Reina durante su duodécimo año, y sabía que si se le consideraba digno, sería reclutado en el nuevo ejército que estaba construyendo. Era un gran honor servir a su corona. Sería motivo de orgullo para su familia y su sector.

"Deberías vestirte."

Levantó la cabeza para encontrar los ojos de su hermano que brillaban en la oscuridad. Así que no estaba dormido, después de todo.

"Van a llamarte pronto. No querrás hacerlos esperar".

Como no quería que su hermano pensara que tenía miedo, sacó las piernas fuera de la cama.

Se reunió con su madre en el pasillo. Llevaba el pelo cortado que sobresalía de un lado y se había puesto un vestido de algodón, aunque la estática de su túnica le hubiera aferrado alrededor de su muslo izquierdo. Hizo una pausa para ajustar el material, y, por una aplastante segundo, vio la desesperación que siempre había escondido cuando hablaban de la conscripción militar. Luego desapareció y estaba lamiendo sus dedos y tratando desesperadamente de acomodar el pelo despeinado de Z. Él se estremeció, pero no inquietó o se quejó, hasta que su padre apareció a su lado.

"Ze'ev." Su voz estaba llena de una emoción que Z no reconoció. "No tengas miedo".

Su padre tomó su mano y lo guió hacia la parte delantera de la casa donde no uno, sino dos taumaturgos lo estaban esperando. Ambos llevaban el uniforme tradicional de los escudos de la corte de cuello alto de la reina que se extendía hasta sus muslos, con mangas anchas, elaboradamente bordadas. Sin embargo, la mujer vestía de negro, lo que denotaba un taumaturgo de tercer nivel, mientras que el hombre llevaba rojo. Segundo nivel. Z no creía que hubiera más de una docena de taumaturgos segundo nivel sobre toda la Luna, y ahora uno estaba de pie en su casa.

No podía dejar de imaginarse a su casa, ya que tiene que mirar a través de los ojos de estos altos funcionarios. La habitación del frente era lo suficientemente grande excepto por un sofá desgastado y una mecedora, y su madre mantenía un jarrón de flores de imitación polvorientas en la mesa de al lado. Si hubieran molestado en mirar a través de la segunda puerta, hubieran visto un fregadero con montones de platos donde las moscas zumbaban, porque su madre había estado demasiado cansada para limpiar anoche y Ran y Z había decidido practicar patadas con los niños del otro sector en lugar de hacer sus tareas. Ahora lamentaba eso.

"¿Ze'ev Kesley?" Dijo el hombre, el de segundo nivel.

Asintió con la cabeza, agarrando la mano de su padre y usando toda su voluntad para no esconderse detrás de él.

"Tengo el placer de informarle que hemos revisado las pruebas de aptitud y ha sido escogido para recibir las modificaciones físicas y de entrenamiento para llegar a ser uno de los grandes soldados del ejército de Su Majestad. Su inscripción es efectiva inmediatamente. No hay necesidad de empacar pertenencias, se le proveerá con todo lo que necesita. Como se espera que a partir de ahora no tendrá más contacto con su familia biológica, ahora puede decir sus despedidas".

Su madre tomó aliento detrás de él. Z no se dio cuenta de que estaba temblando hasta que su padre se volvió y le agarró por los hombros.

"No tengas miedo", dijo de nuevo. Una débil sonrisa vaciló, luego desapareció. "Haz lo que piden, y hacen que nos sintamos orgullosos. Este es un gran honor".

Su voz era tensa. Z no sabía si su padre creía lo que estaba diciendo, o si era sólo un espectáculo para los taumaturgos.

Su pecho sufrió una constricción. "Pero... yo no quiero ir."

La cara de su padre se volvió dura. "Ze'ev."

Z miró a su madre. Su vestido todavía se aferraba a su túnica, pero había dejado de agitarse. Las lágrimas aún no se habían desbordado por sus mejillas. Había arrugas alrededor de sus ojos que nunca había notado antes.

"Por favor", dijo, envolviendo sus brazos alrededor de su cintura. Sabía lo fuerte que era. Si se aferraba firmemente lo suficiente, nunca le podría obligar a dejarlo ir. Apretó los ojos cerrados cuando las primeras lágrimas calientes se le escaparon. "Por favor, no dejes que ellos..."

Justo cuando un sollozo rasgó su garganta, un nuevo pensamiento sombrío cayó a la vanguardia de su mente.

Esta era una casa pequeña, patética en una cúpula de manufactura intrascendente.

La gente aquí era miserable y sin importancia. Sus padres eran débiles y estúpidos, pero él, él estaba destinado a la grandeza. Era uno de los pocos seleccionados para servir a la propia reina. Era un honor. El pensamiento de permanecer allí un momento más lo enfermó.

Z se quedó sin aliento y se alejó de su madre. El calor se arrastraba por su cuello, estimulado por la mortificación y la vergüenza. ¿Cómo podía pensar en esas cosas?

Peor aún, todavía estaba pensando en ellos, en algún lugar de la cabeza. No podía quitarse por completo, sin importar cuánto culpa conmocionaran.

Se volvió para mirar boquiabiertos a los taumaturgos. La mujer tenía una sonrisa jugueteando alrededor de su boca. Aunque al principio pensó que era bonita, esta nueva expresión le hizo estremecerse.

"Se te dará una nueva familia muy pronto", dijo, con una voz que sonaba como una canción de cuna. "Tenemos medios para hacer que aceptes y vengas de buena gana, debemos estar dispuestos a usarlos."

Z se encogió, repelido por el conocimiento de que había visto esos horribles pensamientos. No sólo los había visto, los había creado. Le había estado manipulando, y había sido tan perfecto, se había entrelazado con sus propias emociones con tan poco esfuerzo. Cuando sus compañeros practicaban el control mental en sí o un instructor le inculcaba pensamientos de obediencia, se sentía como una nueva idea que estaba grabada en su cerebro. Era reconocible y, a menudo, se encontraba que con suficiente atención podía desafiarla.

Este era un nivel diferente de manipulación, que no pudo resistir tanta facilidad. Lo supo entonces. Se vería obligado a ir con ellos, y se convertiría en un títere de Su Majestad, sin más fuerza de voluntad que un perro entrenado.

Detrás de él, oyó la puerta del dormitorio abrirse.

Ran había salido a ver, atraído por su curiosidad.

Z apretó su mandíbula e hizo todo lo posible para ahogar su desesperación engastada. Sería valiente, así su hermano no vería su temor. Sería fuerte para él.

Algo de terror y espanto comenzó a desaparecer una vez que tomó la decisión. Fortalecidos por el conocimiento de que era su elección, que los taumaturgos no habían hecho por él, encaró a su madre y se puso de puntillas para besarle la mejilla. Ella se aferró a él antes de que pudiera retroceder y lo aplastó contra ella, presionando un beso frenético contra su cabello. Cuando lo dejó en libertad, con la misma rapidez, las lágrimas habían empezado a caer y tuvo que apartar la cara para ocultarlas.

Abrazó a su padre también, igual de breve y tan feroz para que supiera cuánto amor había en él.

Luego enderezó los hombros y dio un paso hacia los taumaturgos.

La sonrisa de la mujer regresó. "Bienvenido al ejército de la Reina."

Dijeron que la anestesia le daría un sueño tan profundo y vacío que no habría ningún sueño, pero estaban equivocados. Soñaba con agujas enterrándose en su piel. Soñaba con

pinzas agarrando sus dientes. Soñaba con cenizas calientes y humo en sus ojos. Soñaba con una tundra blanca, un frío que nunca había conocido, y un hambre apenas saciada por carne chorreante en sus mandíbulas.

Sobre todo, soñaba con aullidos en la distancia. Gritos desesperados que siguieron y siguieron y siguieron.

La vigilia se acercó lentamente, como si te sacaran de un pozo de barro. Los aullidos comenzaron a apagarse cuando abrió los ojos. Estaba en la misma habitación que había estado cuando la enfermera anónima le había enterrado la aguja en su brazo, pero supo al instante que él había cambiado. Las paredes que lo rodeaban eran más brillantes, más nítidas en un blanco que jamás había conocido. El sonido de cada máquina y artilugio reverberó en su cráneo. El olor de los productos químicos y amoniaco invadió sus fosas nasales, por lo que le daba ganas de vomitar, pero estaba demasiado débil.

Sus miembros eran pesados en la mesa de examen, con las articulaciones doloridas. Llevaba una camisa de gran tamaño que le hacía sentirse vulnerable y frío. Había un bulto debajo de su cuello. Forzando su brazo torpe para moverse, llegó por detrás de su cabeza y encontró vendas allí.

A medida que su conciencia se agudizó, se esforzaba por recordar la poca información que la enfermera le había dado.

Todos los soldados fueron modificados para aumentar su eficacia como miembros del ejército de la reina. Se despertaría mejorado.

Tomó otra bocanada de aire y esta vez reconoció en un nuevo olor. No, dos olores.

Dos olores individuales compuestos de feromonas, sudor, jabón y productos químicos. Acercándose un poco más.

La puerta se abrió y un hombre y una mujer entraron. La mujer llevaba una chaqueta blanca de laboratorio y tenía el pelo castaño de punta.

El hombre era un taumaturgo, pero no uno de los que había tomado a Z desde su casa. Tenía el pelo oscuro y ondulado que se escondía detrás de ambas orejas y los ojos eran tan negros como el cielo. Hacían juego con su entallada capa de taumaturgo de tercer nivel.

Y Z podía distinguir cada olor único sobre ellos: lociones, cosméticos y hormonas.

"Bien," dijo la mujer, presionando su dedo contra una almohadilla en la pared. La mesa de examen comenzó a zumbear y Z se elevó a una posición sentada. Cogió la manta delgada alrededor de su pecho. "El monitor me informó de que estabas despierto. Soy el Dr. Murphy. Presidí tus cirugías. ¿Cómo te sientes?"

Z miró fijamente. "Yo no soy... soy yo..."

Vaciló mientras su lengua encontró algo extraño en la boca. Apretó su mano sobre sus labios, luego metió la mano dentro. La yema de su pulgar encontró la punta afilada de un colmillo, y tiró de él.

"Ten cuidado," dijo la mujer. "Tus nuevos implantes servirán como algunas de las armas más eficaces. ¿Puedo?"

No se resistió cuando tiró de su mandíbula abriéndola y examinó sus dientes. "Tus encías están sanando bien. Reemplazamos todos los dientes, de lo contrario no habría espacio para los caninos. También hemos reforzado la mandíbula para hacer palanca y presión adicional. Probablemente estarás adolorido durante otros diez a catorce días, especialmente a medida que dejes de depender de los analgésicos. ¿Cómo están tus ojos?" Sacó un artilugio de su bolsillo que parpadeaba una luz a través de sus pupilas. "Es probable que notes un aumento en la pigmentación, no es nada para preocuparse. Una vez que sus nervios ópticos se adapten, encontrarás que tu vista se ha optimizado para detectar e identificar el movimiento. Hazle saber a tu taumaturgo si experimentas mareos, visión borrosa o manchas oscuras. Confío en que ya estás experimentando los sentidos intensificados de la audición y el olfato, ¿no?"

Le tomó un momento darse cuenta de que era una pregunta, y asintió con la cabeza temblorosa.

"Excelente. El resto de las modificaciones se desarrollará durante los próximos ocho a doce meses. A medida que tu cuerpo se adapte a las alteraciones genéticas, te notarás nueva fuerza muscular, agilidad, flexibilidad y resistencia. Todo esto vendrá con aumento del metabolismo, por lo que verás que comerás más en los próximos meses. Incluso más que un niño de doce años de edad normal, es decir." Sus ojos brillaron.

El pulso de Z comenzó a golpear contra las sienas.

"Pero nos hemos preparado para todo eso", continuó cuando no se rió. "Los soldados están provistos con una dieta alta en proteínas que hemos creado para tus necesidades específicas. ¿Tiene alguna pregunta antes de que te deje a cargo del taumaturgo Jael?"

Su respiración era cada vez más difícil de calmar. "¿Qué va a pasarme? ¿En los siguientes... ocho a doce meses?"

Esbozó una sonrisa de fanfarrón. "Te convertirás en un soldado, por supuesto." Levantó el pequeño dispositivo. Con un toque, surgió una holografía, que mostraba dos imágenes giratorias.

Uno de ellas, un macho joven, tal vez en su adolescencia.

La otra, un lobo blanco.

"Basándonos en años de investigación y pruebas, hemos perfeccionado nuestros métodos de ingeniería genética, lo que nos permitió combinar genes seleccionados de los preciados *Canis Lupus Arctos* de Su Majestad con los de los aún en desarrollo de los hombres lunares." Golpeó otro botón y los dos hologramas se fusionaron. Z contuvo el aliento. Esta nueva criatura tenía hombros curvados, y enormes manos que estaban cubiertas con una fina capa de piel, y los colmillos sobresalían de una boca grotescamente retorcida. Más pieles cubrían su rostro, rodeado de severos ojos amarillos.

Z se empujó hacia atrás en la mesa de examen.

"Usando este método," continuó la doctora, "hemos creado el soldado definitivo. Fuerte y sin miedo, con los instintos de uno de los mayores depredadores de la naturaleza. Lo más importante es que es un soldado que está enteramente sujeto a la voluntad de su taumaturgo". Apagó el holograma. "Pero el Taumaturgo Jael será capaz de explicar todo a su debido tiempo."

"¿E-so va a pasar a mí?"

La doctora abrió la boca para hablar, pero el taumaturgo se aclaró la garganta y dio un paso hacia la cama. "Tal vez, o tal vez no. Has sufrido las modificaciones que te darán las habilidades que todos los soldados requieren. Pero se optó por retener los cambios más animales. Por ahora".

"Aunque podemos completar las mutaciones necesarias en cualquier momento", agregó la doctora.

"Pero, ¿por qué no...?"

"Has sido seleccionado como uno de sólo quinientos reclutas para recibir un entrenamiento especial. Tus pruebas de aptitud sugieren que podrías ser valioso para nosotros como algo más que un miembro de la infantería, y Su Majestad está preparando una unidad de soldados para desempeñar un papel muy específico." Inclino la cabeza. "Independientemente de si eres admitido en ese programa dependerá en última instancia de la promesa se muestre durante su formación."

La amenazadora mirada del taumaturgo clavado en él no era necesaria. Z no quería volver a estar de nuevo en esta mesa de examen. No quería otra aguja bajo la piel. No quería volver a despertar con la piel en la cara y los ojos que no tenían la humanidad detrás de ellos.

La reina estaba haciendo un tipo diferente de soldado, y ya había decidido que iba a ser uno de ellos.

Se mantuvo en la facilidad por otras veinticuatro horas, de manera que la doctora pudo controlar la forma en que su cuerpo estaba reaccionando a las cirugías. Descubrió que lo que le había parecido algunas horas de pesadillas, en realidad, habían sido veintiséis días en estado de coma en un tanque de animación suspendida mientras su cuerpo se sometía a las cirugías y se adaptaba a las mutaciones. Veintiséis días, idos, mientras que su ADN se fundía con el de un lobo blanco, mientras que los médicos y científicos sin nombre lo convirtieron en una bestia para servir a su reina. En ese momento, el sol se había ido y venido, sumiendo a la gran ciudad de Artemisia en otra larga noche.

Al día siguiente, se encontró con un montón de ropa dejada al lado de su cama, un pantalón suave de color marrón, una camiseta negra y botas planas. Le quedaban perfectamente.

Acababa de terminar de vestirse cuando olió que alguien se acercaba, el taumaturgo del día anterior. Su náuseas de su nuevo sentido del olfato se había sofocado durante la noche, pero un nuevo sentimiento hundido y arrastrado se asentó en el intestino de Z cuando el taumaturgo entró en la habitación.

Porque otro sentido le faltaba.

El indicador de vibraciones de energía que su gente podía percibir y manipular. Se había ido.

Su garganta se apretó. "Algo está mal en mí", dijo, antes de que el taumaturgo pudiera hablar. "Mi don. Es que... creo que algo anda mal".

El taumaturgo se quedó mirando por un momento, antes de que su expresión se suavizara en bondad. La mirada alivió el creciente pánico de Z. "Sí, lo sé," dijo. "Eso es un resultado desafortunado de las modificaciones. Verás, los animales salvajes no tienen las habilidades que tenemos, por lo tanto debemos detener su conciencia de la bioelectricidad para que sus instintos lunares no interfieran con sus nuevos instintos de lobo. No se alarme, no eres impotente. Simplemente te hemos dado una nueva herramienta con la que sacar provecho de tu don. Será mi trabajo para asegurarse de que todos sus instintos y habilidades estén funcionando correctamente cuando seas llamado a utilizarlas".

Z se humedeció los labios, dándose cuenta de que era difícil maniobrar alrededor de sus nuevos dientes. Tuvo que cerrar los ojos para forzar que la bilis bajara en su garganta.

Le habían quitado su don Lunar. Era tan vulnerable como un Terrestre ahora. Tan inútil como un caparazón. Y, sin embargo, ¿querían que fuera un soldado?

"No estábamos debidamente presentados ayer", continuó el taumaturgo. "Me llamarás Maestro Jael. Serás conocido como Beta Kesley mientras no haya cambios de clasificación. Me alegro de verte vestido. Ven, pues."

Salió de la habitación y a Z le tomó un minuto de lucha para darse cuenta de que estaba destinado a seguir.

"A los candidatos para el estado operativo especial se les ha dado sus propios campos de entrenamiento debajo Sector 8" dijo el Maestro Jael al salir del centro de investigación. Z quedó cautivado solamente en la visión fugaz de los brillantes edificios blancos de Artemisia, la ciudad más grande de la Luna, antes de Jael lo llevara hacia abajo a los tubos de lava bajo la superficie. Un servicio de transporte personal estaba esperando. "Los campos de entrenamiento consisten en barracas separadas para cada manada, un comedor comunitario, y una serie de salas de formación en las que se llevará a cabo formaciones y aprenderás técnicas de lucha. Ese es también donde se decidirá tu lugar en la manada".

"¿La manada?"

"Tu nueva familia. Hemos encontrado que sus instintos reaccionan mejor cuando imitamos la jerarquía de los lobos en su hábitat natural, por lo que cada manada consta de seis a quince agentes, dependiendo de la fuerza mental de su taumaturgo. "Su sonrisa se ensanchó. "Tú eres mi decimocuarto miembro de la manada."

Z se dio la vuelta para mirar las paredes de regolito negras que pasaban por la ventana de la lanzadera, y trató de fingir que entendía lo que el Maestro Jael estaba hablando.

Los campos de entrenamiento estaban en enormes cavernas talladas en los tubos de lava. Cuando entraron en la sala principal, los talones de Jael sonaban con cada paso, Z vio que trece soldados ya estaban en fila para saludarlos, vestidos exactamente como él. Adivinó que sus edades oscilaban desde doce hasta dieciocho años o más, y a pesar de que estaban en una postura perfecta en línea recta, con los talones juntos y los brazos tiesos a los lados, Z supo al instante quién era su líder. El más alto y el más grande y el que cuyos ojos brillaban cuando se encontraron con los suyos.

"Maestro Jael", dijo, y al unísono, todos los soldados apretaron un puño en sus corazones.

"Alfa Brock. Tiene un nuevo miembro que ingresa el día de hoy. Este es Beta Ze'ev Kesley".

Un escrutinio parecía pasar a través de todos los soldados. Z se obligó a pararse más derecho, aunque se pellizcó los músculos entre los omóplatos. Se tomó el tiempo para encontrar cada una de sus miradas, pensando que, aunque había una proliferación de aromas desconocidos en esta sala, podía detectar cuáles olores pertenecían a cada uno de ellos.

"Beta Kesley", dijo el Maestro Jael, "incorpórese a su manada."

Z miró al taumaturgo y su pulso saltó. Había algo en la mirada ansiosa, pero Z no sabía lo que se esperaba que hiciera.

¿Quería Jael que hiciera una reverencia? ¿O que estrechara la mano en su corazón al igual que los otros lo hacían?

Antes de que pudiera decidir, Z sintió una sacudida a través de sus nervios, como una descarga eléctrica. Y entonces se paseaba hacia la línea de soldados, sus pies ya no estaban bajo su control.

La sangre corrió a su cara.

Control mental.

Una oleada de rebeldía se arrastró desde la base de la garganta. Z arrugó su rostro, y, con cada parte de la concentración que tenía, obligó a sus piernas a congelarse. Se encontró en

una posición incómoda, con las piernas atrapadas mitad de un paso, con las manos en puños a los costados. Ya estaba jadeando por el esfuerzo.

Abrió los ojos y miró al Maestro Jael. Se sorprendió de encontrar diversión, no ira, en la expresión del taumaturgo. A través de sus dientes, dijo: "Gracias, Maestro, pero puedo caminar sin su ayuda."

Jael sonrió y con un chasquido Z sintió el control sobre su mente liberarse.

"Pero, por supuesto", dijo Jael. "Por favor, únanse a la línea."

Dejando escapar un suspiro, Z se volvió hacia su nueva manada.

Se quedó sin aliento. El líder, Alfa Brock, ahora estaba a menos de una distancia de un brazo de distancia, un gruñido mostró las puntas de sus caninos.

Antes de Z pudiera pensar, un puño chocó con su mandíbula, dejándolo en el suelo y lanzándolo por el aire. Por un momento, sus pulmones ardían con la necesidad de aire y su cabeza resonaba por el golpe. El dolor en su mandíbula era lo peor, sus encías aún dolían por la cirugía. El pulso trajo lágrimas a sus ojos.

"No vuelvas a faltarle el respeto al Maestro Jael de nuevo", dijo Alfa Brock. Con un gruñido, aterrizó una patada en las costillas de Z.

Z gritó y crujía agazapado, tratando de proteger a su estómago, pero no recibió otra patada. Saboreando sangre, escupió en el suelo calcáreo. Se alegró de que ninguno de sus nuevos dientes viniera con ella.

Temblando, se arriesgó a mirar al Maestro Jael, pero el taumaturgo estaba de pie con calma de nuevo, con las manos en las mangas. Cuando captó la mirada de Z, sus cejas se levantaron sin piedad y dijo, muy despacio, "Levántate y únete a tu manada."

Levantarse parecía imposible. El mundo daba vueltas y se preguntó si esa patada no le había roto una costilla.

Pero con más miedo de las consecuencias de ignorar una orden que el dolor, Z se obligó a ponerse en cuatro patas y, con un gruñido, se empujó con las piernas temblorosas. El Alfa lo miró mientras Z se tambaleaba hasta el final de la línea. Los otros soldados no se habían movido.

"Pronto aprenderá", dijo el Maestro Jael, "que tu posición en esta manada está determinada por la fuerza, el coraje y la capacidad de defenderse a sí mismo. No verás tal misericordia de nuevo."

Z comenzó a perder la noción del tiempo. Primero fueron días, luego, semanas y meses se fusionaron en constante capacitación. Formaciones. Estrategias y tácticas. Y las peleas...tantas peleas. Como lobos en una lucha salvaje para determinar su rango, estos soldados lucharon todo el tiempo. Constantemente tratando de ser mejor los unos a los otros, para mostrar, para demostrar su valía, para mejorar su estatus. Casi todos ellos parecían tener una sed de violencia que Z no podía reclamar, aunque a menudo fingía desear el sabor de la sangre y el crujido de los huesos tanto como cualquiera de ellos. No había mucho para elegir.

No ganó todas sus peleas, pero no las perdió todas, tampoco. Después de un año y medio, o lo que él suponía era cerca de un año y medio, sin largos días ni largas noches para juzgar, se vio sólidamente en el medio de su manada. Un beta promedio. Después de ese golpe de Alfa Brock, nunca había permitido volver a dejarse atrapar por sorpresa, y había desarrollado una habilidad especial para esquivar y bloquear. Las tácticas ofensivas no vienen tan naturalmente, pero a menudo podía evitar ser golpeado durante el tiempo suficiente para cansar a su oponente.

Eso nunca le haría Alfa, pero le impidió convertirse en el atormentado Omega.

Alfa Brock, por otro lado, se mantuvo siempre en la parte superior de la manada. Invicto, luchó más peleas que cualquiera de ellos, como si tuviera que recordar constantemente a sí mismo y a todos los demás lo bueno que era. Z trató de mantenerse fuera de su camino, pero era imposible evitarlo por completo, y cuando Brock quería pelear, no había manera de negarse. Z había recibido más moretones y cicatrices de esos puños de las que podía contar.

La manada estaba de pie en torno a una pelea improvisada entre los Betas Wynn y Troya cuando Z captó la esencia del Maestro Jael que se acercaba, junto con otro olor. Familiar y vago a la vez.

Z apartó los ojos de la lucha, al mismo tiempo los demás percibían los olores. Los dos combatientes tomaron otro momento, pero en un respiro, se habían liberado el uno al otro, y juntos todos se apresuraron a la línea para la entrada de Jael. Z reconoció la cadencia de los

pasos de Jael, al lado de algo torpe y arrastrando los pies. Jael no había traído alguien nuevo a sus cuarteles desde que el mismo Z se había unido al grupo.

El Maestro Jael salió de la cueva y en la caverna de formación, un nuevo recluta a su lado.

Z no pudo contener un grito de asombro. Junto a él, Wynn se estremeció al oír el ruido, y estaba seguro de que todos ellos habían notado su reacción. Él no era el único con audición avanzada.

Pero el nuevo recluta era su hermano. Era más alto ahora, pero por lo demás no había cambiado mucho.

A Ran le tomó más tiempo para fijarse en él. De pie medio paso detrás Maestro Jael, vestido con uniforme, pálido y con los ojos abiertos, estaba ocupado escaneando las caras de su nueva familia.

Hasta que sus ojos se posaron en Z y su escrutinio se congeló.

"Alfa Brock," dijo Jael, "Este es el recluta final para su manada, Beta Ran Kesley."

Junto con el resto de la manada, Z apretó el puño contra su pecho.

"Beta Kesley, puede unirse a su manada."

Z tragó saliva, esperando el momento en el que las piernas de Ran le traicionarían y un reconocimiento cruzaría rápidamente por su rostro.

Y vino, y los ojos de Ran se ensancharon, pero luego bajó la cabeza y no opuso resistencia cuando su cuerpo se unió a los demás al final de la línea y su puño golpeó el pecho.

Z se dio cuenta de que su corazón estaba tronando. Se preguntó si los demás podían oírlo.

Oyó la respiración de Ran, tres cuerpos de distancia de él, mientras Jael lo liberaba de su control.

"Bienvenido a tu nueva familia. La capacitación se iniciará a las 06.00 de mañana. Tiene mucho que aprender". Jael giró sobre sus talones y los dejó sin ceremonia.

Nadie se movió hasta que tanto el sonido de sus pasos y el olor de su colonia se habían disipado.

Entonces Alfa Brock resopló. El ruido envió hielo corriendo por las venas de Z.

La manada rompió la formación y en unos segundos habían rodeado a Ran.

"Bueno," dijo Alfa Brock. "Lo hiciste mejor en tu inducción que tu arrogante hermano, por lo menos."

La mirada de Ran parpadeó a la Z, una mirada de miedo e incertidumbre, antes de volar de vuelta a Alfa Brock.

"Honestamente, no pensé que el Maestro Jael pudiera manejar un miembro más," Alfa Brock continuó, sonriendo. "Debes tener una mente bastante débil para que te pudiera controlar."

Ran dio medio paso de distancia. Z pudo ver que todavía estaba aturdido por las cirugías, las pupilas dilatadas y una capa de sudor en su frente.

"Déjalo en paz, Brock," dijo Z entrando en el círculo. Fue la única vez que podía recordar dirigiéndose directamente a él.

Brock se volvió y miró a la Z de la esquina de su ojo. "¿Qué es eso, Kesley?"

"Dale un poco de tiempo. Todos sabemos que eres Alfa, no tienes que intimidar a todos los niños de doce años de edad que vienen aquí para demostrarlo".

Le pareció oír una risita detrás de él, pero se contuvo mientras expresión de Brock se ensombreció. Se volvió hacia él plenamente y Z se sorprendió del alivio que se precipitó en él. Al menos Brock no estaba apuntando a Ran ya.

Pero entonces Brock giró tan rápido, levantando la pierna para una patada giratoria, que Z no estaba seguro de que podía haberla bloqueado. El pie de Brock se estrelló contra la cabeza de Ran, precipitándose en el Beta Rafe.

Puntos blancos brillaron en la visión de la Z y no se dio cuenta lo que estaba haciendo hasta que un rugido salió de su garganta y su puño chocó con la mandíbula de Brock.

Brock se tambaleó hacia atrás, sorprendido, pero duró poco. Gruñendo, voló de regreso a Z y utilizó el segundo puñetazo de Z para impulsarse y darse vuelta, atrapando la cabeza de Z en el hueco de su codo. Con un brazo fijado a su lado, Z gruñó y trató de tirar a Brock sobre él, como había aprendido a tirar a los demás cuando lo tenían en una posición tal, pero Brock era demasiado grande. La mano libre de Z golpeó inútil y patéticamente contra la oreja de Brock.

"Esta es mi manada", dijo Brock. "Nunca me digas cómo tratarlos."

En el segundo en que fue liberado, Z se apartó. Pero Brock aún sujetaba su muñeca. Mientras Z insensatamente trató de poner distancia entre ellos, sintió un pinchazo de algo afilado en la carne debajo de su codo. Gritó y tiró de su brazo, y el agujijón rasgó su piel, cortando su carne desde el codo hasta la muñeca.

Z se alejó y se aferró a su brazo contra su pecho. Brock sonrió. Se las había arreglado para convertir sus uñas en puntiagudos cuchillos afilados, una tendencia rápidamente reconocida por los demás miembros de la manada.

Ahora Z comprendió por qué.

Tratando de ignorar el dolor y la sangre que goteaba entre sus dedos, levantó los puños para el próximo ataque.

Pero Brock simplemente limpió la sangre de Z fuera de sus pantalones y se alejó, sin preocuparse por la retribución que el resto de la manada había visto.

El estómago de Z se hundió mientras Brock se volvió y escupió a su hermano, que estaba todavía en el suelo. El escupitajo de Brock se posó en su hombro. Ran no retrocedió ni se molestó en limpiarlo.

"Lección número uno", dijo Brock, "Nunca dejes que alguien más tome sus peleas por ti."

Z no permitió que sus puños se aflojaran hasta que Brock había llevado al resto de la manada lejos. Luego se quitó la camisa y envolvió el tejido alrededor de la herida. No pasó mucho tiempo para que la sangre penetrara a través de ella.

"Ran... ¿Estás bien? ¿Te ha roto la mandíbula?" Se tambaleó hacia su hermano y se llevó una mano hacia él. Pero cuando Ran lo miró a los ojos, no había gratitud, sino ira.

"¿Por qué hiciste eso?", Dijo, frotándose la mejilla. "¿Tenías que avergonzarme en mi primer día?"

Z retrocedió. "Ran..."

Haciendo caso omiso de la mano extendida, Ran se puso en pie. "Siempre tienes que eclipsarme. Pensé que esta era mi oportunidad de probarme a mí mismo, pero de todos los soldados, tengo que estar agrupado contigo. Atrapado en tu sombra, otra vez." Sacudió la cabeza y Z pensó que tal vez había

humedad en sus ojos antes de que se apartara. "Déjame en paz, Z. Sólo... olvida que alguna vez fuimos hermanos en absoluto."

Habían pasado casi cinco años desde que Z había sufrido las modificaciones genéticas. Cinco años sin ver a sus padres. Cinco años pasaron bajo tierra, lucha, pelea y entrenamiento. Ni una palabra jamás se había hablado de la posibilidad de ser elegido para los soldados especiales de la reina, pero nunca estaba lejos de su mente. Con frecuencia se despertaba de sueños de jeringas largas y pieles que cubrían su cuerpo.

Había cincuenta manadas que habían vuelto de las cirugías completas, y se juntaban todos los días para una fiesta de una hora de duración en el comedor. Era durante las fiestas que Z se sentía más como el animal que querían que fuera. El hedor era insoportable, sudor y sangre de todos los quinientos soldados mezclados con cortes raros de la carne que se presentaban en las losas de piedra y madera. A menudo se peleaban por las mordidas más selectas, resultando en aún más peleas. Una prueba más. Una forma más de poner en juego un lugar entre sus hermanos.

Hubo un momento en que Z se había sentado atrás y esperaba los restos de comida, viviendo como un basurero, en lugar de unirse a los puños voladores y el crujir de dientes. Pero su hambre era tan fuerte como cualquiera de ellos, el tipo de hambre que nunca estaba satisfecha, y en unos pocos años en su formación había la decisión de que nunca más volvería a ser el último en servir. Después de sólo unas pocas victorias, sus hermanos de manada habían dejado de desafiarlo.

Todavía evitaba la ira de Alfa Brock, a pesar de haber crecido más alto que él en el último año. Z hizo notar que incluso Brock no parecía deseoso de luchar ninguna pelea con él por un tiempo, dirigiendo la mayor parte de su crueldad hacia el burlón y manipulado de Ran.

O, Omega Kesley.

Había sido claro desde el principio que Ran era el más débil. Z había esperado que fuera sólo debido a su edad y tamaño, pero pronto fue evidente que su hermano simplemente no tenía la fortaleza necesaria para labrarse un lugar de respeto entre la manada.

Lo peor de todo, no parecía entender por qué se mantenía en la parte inferior de la cadena. Adoraba a Brock, imitaba su forma de hablar y trataba de duplicar sus movimientos

de lucha, a pesar de que no tenía la fuerza superior del cuerpo para derribar a la mayoría de ellos. Incluso había empezado a afilar sus uñas.

Verlo hacía enfermar a Z. A veces, quería sacar a su hermano a un lado y sacudirlo y explicarle que no estaba ayudándose a sí mismo. Por intimidarse por todo lo que Brock hacía, sólo estaba volviéndose un blanco más fácil.

Y, sin embargo, Ran nunca había dado ninguna indicación de que quería la ayuda de Z, y así Z lo había dejado fuera. Había visto cómo su hermano se aferraba patéticamente al lado de Brock, con la esperanza de reconocimiento y de recibir sólo sobras de la mesa.

Z estaba viendo a su hermano royendo uno de los huesos abandonados de Brock, la comida reducida ahora a charcos de sangre y jirones de carne quemada, cuando percibió los olores.

Muchos aromas. Jael entre ellos, pero los otros eran desconocidos. Cuarenta... tal vez cincuenta...

Giró la cabeza hacia la puerta principal de la sala de comedor, con el ceño fruncido.

Le tomó unos momentos de charla ruidosa y masticar antes de que los soldados a su alrededor se callaran. Vacilaron, los Taumaturgos nunca venían a la sala de comedor, antes de que apartaran todas las mesas y se empujaran los unos a los otros para formar sus líneas, limpiando el jugo de la barbilla.

Jael entró, junto con cuarenta y nueve otros taumaturgos, todo con abrigos negros. Se dispersaron de manera que formaban un embudo de la entrada. La mirada de Jael encontró su manada y se estrechó. Una advertencia sutil.

Z sacó sus hombros hacia atrás hasta que los músculos empezaron a quejarse.

El silencio era sorprendente tras el caos de la fiesta. Z encontró un pedazo de carne pegada en un molar y trató de quitárselo sin mover demasiado la mandíbula.

Esperaron.

Y entonces, un nuevo olor. Algo floral y cálido que le recordaba a su madre.

Una mujer salió de la gran caverna, con un vestido de gasa que ondeaba alrededor de sus pies y un gran velo que cubría su rostro y que caía más allá de sus codos. En la parte superior del velo había una corona blanca y delicada, tallada en piedra de regolito brillante.

Z se alegró de que no fuera el único que se quedó sin aliento. Al instante desprendió la mirada de Su Majestad y puso la vista al frente, en la pared de la caverna negra. Sus manos comenzaron a sudar, pero resistió la tentación de secarlas en los pantalones o buscar en su rostro por restos de su comida.

El pedazo de carne felizmente abandonó su lugar sobre su diente, y lo tragó.

"Caballeros", dijo la reina. "Estoy aquí para felicitarlos por el progreso que han tenido todos como soldados en mi brillante nuevo ejército. He estado monitoreando sus sesiones de entrenamiento durante muchos meses, y estoy contenta con lo que he visto."

Un susurro silente se deslizó a través de ellos, la más débil agitación nerviosa. Z no sabía cómo podía haberlos visto sin su conocimiento. Tal vez se habían grabado sus sesiones de entrenamiento.

"Todos ustedes son conscientes", continuó la reina, "que son los únicos soldados que están considerados para una misión única que ayudará a las hostilidades entre Luna y la Tierra. Este es un papel u honor, reservado para aquellos que han elevado por encima de los límites de su pasado, de las limitaciones de su cuerpo, y el miedo a lo desconocido. Esos serán mis soldados más preciados, elegidos no sólo por su fuerza y valentía, sino también por su inteligencia, astucia y capacidad de adaptación. Mi corte y yo estaremos haciendo nuestra selección final pronto."

Sus palabras fueron confusas en los pensamientos de Z y no podía pensar en nada más allá de una gota de sudor haciendo su camino por la sien y cómo sus dedos comenzaban a temblar con demasiada energía y sin control.

La reina, que había estado tan quieto como los soldados, hasta ahora, como una fachada sin rostro que les hablaba, levantó un brazo y les hizo señas a los taumaturgos. "Estoy seguro de que no necesito recordar a sus taumaturgos que los que estén al control de las manadas seleccionadas recibirán un ascenso instantáneo en la corte real."

Z se atrevió a mirar a Jael y vio que sus ojos oscuros se habían vuelto feroces, apretó la mandíbula.

"Caballeros".

Z volvió la mirada hacia la pared. "Sus taumaturgos han pedido la oportunidad de mostrar algunos de sus soldados más brillantes. Espero con interés la demostración." Giró sus dedos a través del aire y los taumaturgos dispersaron la muchedumbre.

El andar de Jael era tenso como los alcanzó. "Alfa Brock", espetó, "Lucharás esta vez. Sin dientes, sin garras... Quiero mostrar su habilidad. ¿Entendido?"

Brock puso su puño contra su pecho. "Sí, maestro Jael. ¿Quién será mi oponente?"

La mirada de Jael barrió al Beta Wynn. Aunque técnicamente, todos los Betas tenían el mismo rango en la manada, cada uno llevaba un registro mental de victorias y derrotas, de triunfos y fracasos, y todo el mundo sabía que Wynn no se quedaba atrás en habilidades comparado con Brock.

Pero Jael dejó escapar un lento suspiro. "Ze'ev."

Los ojos de Z se abrieron, y miraron el Maestro Jael, el calor inundó su cara. Pero Jael no mostró humor o incertidumbre, sólo una determinación severa mientras caminaba pasando los demás y se paró frente a él. Sus miradas se enfrentaron, y fue con un poco de shock que Z se dio cuenta de que ahora era más alto que el Maestro Jael también.

"Quiere un espectáculo", dijo. "Esta vez, no te reprimas."

La frente de Z se crispó, pero trató de mantenerse neutral cuando saludó a su taumaturgo.

Sus pensamientos estaban frenéticos a medida que marchaban a la mayor sala de entrenamiento. Su Majestad había sido escoltada a una plataforma en un extremo y se colocada encima de un trono para que pudiera ver la ceremonia en la comodidad.

Cincuenta manadas. Cincuenta peleas.

El estómago de Z daba vueltas cuando comenzaron. No podía concentrarse en las reyertas. Sólo veía los ojos oscuros de Jael, oyendo sus palabras una y otra vez. *Esta vez, no te detengas.*

¿Acaso pensaba Jael que fingió sus derrotas? ¿Jael creía que era capaz de derrotar a Brock, o sólo quiere asegurarse de que durara tanto como pudiera?

Sólo una vez se atrevió a levantar la mirada hacia su oponente y vio que Brock tenía un ceño furioso. Obviamente, no creía que Z era un digno oponente, no delante de la propia reina.

Ran, también, parecía sombrío, y aunque ninguna persona en la habitación hubiera esperado que Ran fuera elegido como uno de los ejemplos de Jael, Z sintió que Ran había fantaseado con esa oportunidad para probarse a sí mismo más de una vez.

Finalmente, su turno llegó.

Jael hizo una reverencia a Su Majestad y los anunció: Alfa Brock vs Beta Kesley.

Z podía oler la sangre de las luchas anteriores, aún caliente y salada, mezclándose con el regolito. Él y Brock caminaron al círculo de lucha y se quedaron mirando el uno al otro.

Sólo cuando se puso en su posición de combate sintió el pánico y la confusión desplomarse.

No ganó todas sus peleas, pero ganó más de lo que perdió. Se había vuelto fuerte y rápido. No haría el ridículo delante de Su Majestad.

Y si le divertía, tal vez elegiría a su manada para su misión especial. Nunca tendría que pasar por el resto de las cirugías. Nunca se convertiría en una bestia sin mente en su ejército.

Los ojos de Brock brillaron. Había una sensación de ardor en su mirada que Z no reconoció, pero estaba seguro de que llevaba una promesa de dolor.

Brock atacó primero, con un gancho derecho dirigido a la mandíbula. Z esquivó con facilidad, con demasiada facilidad. Brock hizo una finta en el último momento y dirigió su otro puño al costado de Z. Z apretó los dientes y se empujó hacia atrás, contraatacando con una patada frontal al estómago de Brock.

Se apartaron el uno del otro, saltando sobre las puntas de los pies, con las manos preparadas delante de sus rostros. Una gota de sudor bajó por la columna de Z.

Entrecerró los ojos, observando la forma en que el cuerpo de Brock se tambaleó, notando cómo apretó brevemente el puño izquierdo.

Una patada giratoria que se avecinaba.

Tan pronto como pensaba en eso, Brock se arremetió hacia delante, apuntando su pie a la cabeza de Z.

Lo cogió y lo tiró, lanzando a Brock sobre su costado.

Z bailó fuera del alcance de Brock, jadeando. Sal comenzaba a picar los ojos. Brock no se quedó tirado por mucho tiempo.

Mostró sus afilados dientes y corrió hacia adelante.

Gancho al hígado. Codazo en la cara. Patada repentina.

Vio todos ellos un instante antes de que pasaran. *Bloqueo. Bloqueo. Salto ofensivo.*

Dientes se quebraron mientras embestía un puñetazo a la mandíbula de Brock. Un gancho izquierdo a su cara.

Brock retrocedió, su rostro contorsionaba de ira. Fue difícil para Z ocultar su propia sorpresa ante esta habilidad recién descubierta.

Pero no era nueva. Fue a partir de años de estar al margen, observando y estudiando e inspeccionando cada lucha, cada pelea, cada golpe lanzado, cada victoria ganada. Sabía cómo luchaba Brock.

Y, sospechaba que si se enfrentaba contra cualquiera de los miembros de su manada, habría visto las mismas señales, reconocería los mismos trucos e indicios.

Podría ganarles.

Podría vencer a todos ellos.

Brock estiró el cuello hacia un lado y Z oyó el sonido del crujido de una columna vertebral. Brock la sacudió como un perro, y luego se puso en su postura de combate de nuevo.

Sus ojos brillaron.

Alentado, Z salió disparado hacia adelante.

Puñetazo. Bloqueado.

Golpe cruzado. Bloqueado.

Gancho al mentón. Bloqueado.

Patada...

Z se quedó sin aliento, un dolor rasgante le atravesó el abdomen mientras cinco uñas se clavaron en su costado, perforando la carne por encima del hueso de la cadera. Brock apretó,

clavando sus dedos profundamente en la carne. Z casi se derrumbó, sosteniéndose en el hombro de Brock con un gruñido estrangulado.

"Te mataré antes de que te dejé ganar esta pelea", Brock respiró contra él.

Lo soltó y se alejó. Sin su apoyo, Z cayó sobre una rodilla. Presionó su mano contra las heridas, sin atreverse a mirar a Jael o la reina, para ver si alguien notó o le importaba que Brock hubiera desobedecido las reglas que Jael había dispuesto para ellos.

Pero no. Eran animales salvajes. Depredadores que se guiaban por el instinto y la sed de sangre.

¿Quién iba a esperar una lucha justa de esos monstruos?

Todo lo que quería era un espectáculo.

Oyó un gruñido y al principio no se da cuenta de que venía de su propia garganta. Se atrevió a mirar hacia arriba. La postura de Brock se había relajado. Había sangre hasta los primeros nudillos de los dedos.

Destellos de rojo parpadearon en las esquinas de la visión de Z. Su costado palpitaba.

"Mejor sólo permanece tirado", dijo Brock.

Z gruñó. "Vas a tener que matarme."

Se impulsó a levantarse del piso y se lanzó hacia adelante. Por un momento, Brock parecía asustado, pero entonces estaba bloqueando de nuevo, alejando cada ataque. Pero Z fue rápido, y finalmente aterrizó un golpe en la mejilla de Brock.

Con un rugido, Brock apuntó a la herida de Z, pero Z lo esquivó y agarró Brock por la muñeca, tirando de él tan cerca que podía oler los restos de carne en su aliento. Con su mano libre, agarró la garganta de Brock. Vaciló.

Mátalo.

Las palabras zumbaron en su cabeza como la larga noche venía sobre las ciudades... Taimado, pero completo. Lo poseyeron, su control avanzó por sus deseos, su hambre y su desesperación y se arrastró hacia los pulsantes dedos.

Quiero ver cómo lo harías.

Apretó los dientes.

Las fosas nasales de Brock se agrandaron. Sus ojos brillaban con desprecio al sentir la indecisión de Z.

Z sintió el cambio en el peso de su oponente y él sabía que iba a venir. Las uñas en su lado, el dolor cegador, las manchas blancas en su visión.

Con un rugido, él soltó la muñeca de Brock y agarró la parte posterior de la cabeza.

Crack.

Dejó caer el cuerpo al suelo antes de que la luz se apagara en sus ojos.

El corazón de Z latía dolorosamente, su sangre parecía un tsunami corriendo a través de sus oídos.

Pero fuera de él se hizo el silencio. El silencio era absoluto e infinito.

Lamiendo sus labios salados, arrancó su mirada de Brock y la forma de su cuello se había torcido completamente.

Su manada le miraba con incredulidad y asombro, pero, para su sorpresa, no parecía haber ningún odio allí.

Su mirada siguió. Todos estaban mirando anonadados. Las otras manadas, los taumaturgos. Todos excepto Jael, que no parecía exactamente contento, y sin embargo, no parecía sorprendido, cualquiera de los dos.

Sólo cuando la reina se puso de pie se atrevió a mirarla. Su cabeza estaba inclinada a un lado, y se imaginó una expresión pensativa detrás del velo.

"Limpio y eficiente", dijo, juntando sus manos en tres aplausos sólidos. No había aplaudido cualquiera de las otras peleas. No sabía lo que significaba. "Bien hecho... Alfa."

Su estómago se volteó, pero la Reina ya hacía gestos para que el cuerpo fuera retirado, que las peleas continuaran, y Z tuvo que tropezar fuera hacia su mandada antes de que se retractara de su alabanza. Sus palabras le siguieron, tan amables y gentiles como una campana.

Bien hecho. Alfa.

Había matado a Brock, y en la ley de la manada, ahora estaba para tomar su lugar como el líder indiscutible.

Era el nuevo Alfa.

Se detuvo delante de sus hermanos de manada. Ninguno de ellos parecía sorprendido por las palabras de la Reina. Todos ellos lo sabían en el momento en que Brock cayó al suelo.

Mientras miraba, cada uno de ellos puso sus puños al pecho en silente respeto. Como una aceptación silenciosa de su victoria. Incluso su hermano lo saludó, pero allí solo había amargura. Allí, solo, había ira por el éxito de Z.

Z asintió dos veces: una para reconocer la muestra de respeto, y una vez a su hermano, para que Ran supiera que vio a su decepción.

Luego pasó junto a todos ellos y se dirigió hacia el cuartel. No le importaba si era una falta de respeto a la Reina o si Jael se pondría furioso o si los rumores de su insolencia se extenderían a lo largo de toda la Luna en el momento en que emergiera de nuevo.

Sabía que la manada de Jael sería elegida para la misión de la Reina gracias a él. Se convertirían en sus preciados soldados especiales. Sus cuerpos no serían manipulados de nuevo.

Con esa matanza, había asegurado que nunca lo convertiría en un monstruo.

Lo sabía con tanta certeza como que, en algún lugar de la superficie, el largo, largo día estaba apareciendo.